

—Vamos, que tenéis una sociedad para prestar á menores y luego... lo arreglan sus familias.

—Así, tan en crudo... no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿Y después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el gobierno, por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar á uno.

—¿Jugaste?

—Poco, hasta las siete.

—¿Y qué tal?

—Medianamente; gané mil pesetas.

—Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, y sacando del tarjetero diez billetes de á veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; y ya puedes agradecerlo... Mis chicas tenían no sé qué capricho... Cosas de muchachas. Otra vez será.

—Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes, y continuó:

—¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no veniste de noche? Te estuve esperando... se perdió el palco y ime acosté de un humor!...

—Fuí á casa á comer con propósito de venir temprano. ¡Qué si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviéramos más convidados que mi suegra.

—¡Lagartó, lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron á vestir para ir al teatro, y me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre, cuando nos quedamos solos. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo, la respeto y la considero... pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y estuve muy enérgico.

—No te atreverías.

—¿Que no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre... hasta cierto punto: yo soy dueño de mis acciones, y en paz, ó damos el gran escándalo».

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban á quedar sin tener qué comer... y ilo que más me enfurece! se echó á llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chicas...

—¿Qué pasó?

—Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto á la puerta y se enteraron de todo.

—¡Tonto! Haberte venido.

—Ya se me ocurrió; pero, se me había levantado tal dolor de cabeza, que tuve que acostarme y tomar antipirina.

—¡Potingues! Y yo aquí sola.

Quiso él entonces abrazarla por quitarle el enojo, mas ella, levantándose de su lado, le dijo muy seria:

—Todo eso está muy bien, y el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevas á comer á cualquier parte.

—Convenido. Y no mando recado á casa; ya se irán acostumbrando.

Magdalena sonrió gozosa, y volviendo á su interrogatorio y reprimenda, para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido:

—Y hoy, ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo con quien estoy organizando una Sociedad muy útil y provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida: queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoy no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes entenderme.